

PREGÓN DE NAVIDAD

LORCA 2015

CARLOS AMIGO VALLEJO

CARDENAL ARZOBISPO EMÉRITO DE SEVILLA



Se removieron las tierras y crujieron las entrañas de las gentes. Todo parecía caer. Hasta los mismos cielos. Pero, de entre tanta y tanta catástrofe, los hombres y las mujeres de Lorca sacaban, de entre las ruinas de sangre y dolor, manantiales de amor y sacrificio por sus familias y su pueblo. Pues en ese navegar de los días, un 11 del mes de mayo de 2011, se rasgaron los cimientos, pero no las esperanzas. La ciudad de Lorca parecía una pequeña barquilla sacudida por fuertes vientos de terremotos inmensos. La nave, Lorca, era de frágil madera, pero los hombres y las mujeres, y así lo demostraron, serían siempre de hierro.

Y siguió la historia. Y la esperanza. Y se levantaba piedra sobre piedra, que la *ciudad de los cien escudos* también la *ciudad del sol*, y no quiere saber ni de dolor sin medicina, ni de ruinas sin esperanza, sino de amaneceres de nueva alegría.

Y de esperanza hemos de hablar y también de alegría, pues nunca la muerte ha de triunfar desde aquel bendito momento en el que el Sol que nace de lo alto, llegara desde el seno purísimo de la Virgen Santa María.

En esta ciudad de Lorca, bien se puede recordar el retablillo de Navidad que puso en verso el poeta Benítez Carrasco:

*“San José tiembla de frío, la virgen María, no”. Y van siguiendo el largo camino de Nazaret a Belén... San José tiembla de frío, la virgen María, no. Y se les van cerrando todas las puertas... San José tiembla de frío, la virgen María, no... Y llega el momento del parto, San José tiembla de frío, la virgen María, no... Porque de sus entrañas santísimas estabanaciendo el Sol.*

¿Qué cimientos, tan indestructibles y profundos son los que justifican esta Navidad siempre nueva que, celebrándola todos los años, nunca se repite?

Pues la fe en el misterio redentor de Cristo, el amor y la unidad de la familia y la cultura y de tradiciones conservadas, de generación en generación, por un pueblo.

## I. EL MISTERIO DE LA FE

Como rocío luminoso es tu rocío (*Isaías 26.19*). Como rocío que viene de Dios (*Miqueas 5, 6*). Se abrirán los cielos y darán su rocío (*Zacarías 8, 12*). Destilad, cielos, como rocío de lo alto (*Isaías 45.8*)... que baja por las alturas (*Salmo 133.3*). Caiga como rocío su palabra (*Dt 32.2*). Que Dios nos dé el rocío del cielo.

Con todas estas expresiones se hace el pregón de la más grande de las profecías: Dios vendrá hasta nosotros. Tomará carne de nuestra carne. El Verbo de Dios se hace hombre en las entrañas purísimas de la bienaventurada Virgen María. Y todo, como rocío y bendición llegados del cielo.

Cuando nació el Mesías, los ángeles cantaban, y la boca se les llenaba de alegría. Los pastores miraban, y en la cara les brillaba de luz. Los magos ofrecían y cuando más daban, más Dios les bendecía. Otro, sólo se contemplaba a sí mismo y no tenía alegría, ni luz en la cara, ni paz en su interior.

¡Este Niño nos ha cambiado la vida!

Y podemos decir con Lope de Vega(*Al nacimiento de Cristo*):

*«Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres, Dios ha nacido en Belén en esta dichosa noche./ »Nació de una pura*

*Virgen; buscadle, pues sabéis donde, que en sus brazos le hallaréis envuelto en mantillas pobres». / Dijo, y las celestes aves en un aplauso conformes acompañando su vuelo dieron al aire colores / Los pastores, convocando con dulces y alegres voces toda la sierra, derriban palmas y laureles nobles./ Ramos en las manos llevan, y coronados de flores, por la nieve forman sendas cantando alegres canciones. / Llegan al portal dichoso y aunque juntos le coronen racimos de serafines, quieren que laurel le adorne. / La pura y hermosa Virgen hallan diciéndole amores al niño recién nacido, que Hombre y Dios tiene por nombre. / El santo viejo los lleva adonde los pies le adoren, que por las cortas mantillas los mostraba el Niño entonces. / Todos lloran de placer, pero ¿qué mucho que lloren lágrimas de gloria y pena, si llora el Sol por dos soles?*

*El santo Niño los mira, y para que se enamoren, se ríe en medio del llanto, y ellos le ofrecen sus dones. / Alma, ofrecedle los vuestros, y porque el Niño los tome, sabed que se envuelve bien en telas de corazones.*

## II. EL CALOR DE LA FAMILIA

¿Con quién vas a pasar estas Navidades? ¡Con la familia! Navidad y familia son inseparables. En los sondeos sobre la preferencia entre las instituciones más valoradas, siempre la familia. Cuando parece que todo se hunde, la familia es el último asidero... ¿Por quién darías la vida? ¡Por la familia!

Muchos y graves son los problemas que la familia debe afrontar: transformaciones sociales, nuevas leyes, reformas educativas, situación de la mujer en la sociedad, longevidad, falta de madurez personal, paternidad

responsable, divorcio, aborto, hedonismo, tensión entre aspiraciones y medios disponibles, desprotección externa, conflictos generacionales, enfriamiento y hasta desaparición de la fe, sentido de la propia autonomía, pérdida de conciencia del matrimonio como sacramento, dificultades y urgencia de la trasmisión de la fe, poca presencia de la Iglesia en la realidad familiar, ataques a la unidad, a la indisolubilidad del matrimonio...

Hay que contar con el trabajo de la mujer fuera de casa, con las familias monoparentales, con los matrimonios mixtos y dispares, las situaciones irregulares, el retorno de uno de los cónyuges a la casa de sus padres, divorciados que tienen que ser considerados también hijos de la Iglesia... Situaciones nuevas que no deben olvidarse a la hora de pensar en derechos y obligaciones, convivencia y dificultades.

Todo ello, ha sacudido fuertemente no pocos de nuestros principios morales y religiosos. Para muchas personas han desaparecido las fronteras entre el bien y el mal. Si la erosión y la decadencia de los valores morales y religiosos ha sido grande, no cabe duda de que mucho ha de ser el esfuerzo a realizar para conseguir una verdadera restauración moral y religiosa. Tanto la capacidad del hombre como la indudable asistencia de Dios hacen siempre posible la esperanza.

La familia es una fuente inagotable de las mejores lecciones y de unos valores imperecederos: amor, sacrificio, lealtad, reconciliación, generosidad, fidelidad... No nos cansamos de bendecir a Dios por el beneficio tan grande que nos ha hecho con la institución de la familia, y por habernos dado, en la familia cristiana, una señal tan admirable y evidente de su amor y de sus planes de salvación para todos los hombres.

¿Hacia dónde camina la familia? ¿Cuáles son los quehaceres de la familia en este momento? ¿Qué hacemos para ayudar a la familia para que pueda ser en verdad esa comunidad de vida y amor que quiere la Iglesia? Estas son las preguntas y la llamada a la responsabilidad de todos, comenzando por la misma familia.

¿Cómo será el futuro? ¿En qué manos estarán los tiempos que se avecinan? ¿A quiénes pertenecerán los días que quedan por venir? ¿De los hombres expertos que conozcan los secretos de la verdad y de la ciencia? ¿De aquellos que hayan puesto a contribución del progreso el esfuerzo humano? ¿De quienes hayan sabido establecer el justo equilibrio entre las necesidades actuales del consumo y las exigencias de inversión para las generaciones futuras? ¿Cómo queremos que sea el futuro?

El futuro será para aquellos que sepan ofrecer unas buenas razones para vivir y para esperar.

Habrá que evitar dos extremos. Por una parte, que la familia se conforme con ser objeto pasivo, esperando que sean otros quienes resuelvan sus propios e intransferibles asuntos y problemas. En el otro extremo, que la familia se encerrara y no quisiera más que ocuparse de sí misma, sin tener en cuenta la ineludible misión que le corresponde en la sociedad. Es toda la comunidad la que debe interesarse por la familia. Y la familia siempre abierta a la sociedad.

Nos debemos a la familia y la familia nos pertenece a todos. Es algo imprescindible para la misma vida, para el buen funcionamiento de la sociedad, para ser felices, en definitiva. Célula vital del tejido social y primera escuela de las virtudes sociales, según palabras de Juan Pablo II (*Familiaris consortio* 42).

Ni se puede prescindir de la familia, ni privarla de los derechos que le corresponden, ni tampoco que sean otros organismos quienes asuman las funciones y competencias que son exclusivas de la familia. La Iglesia, el Estado, la sociedad, ayudan, amparan, protegen, facilitan los medios, pero es la familia quien debe asumir el protagonismo de su propia vida y desarrollo. Solamente, y de una manera subsidiaria, otros organismos podrían asumir algunas de esas competencias propias de la familia.

Se espera de la familia que sea escuela donde se aprendan las mejores y más duraderas lecciones de amor recíproco, de entrega mutua, de comunicación y apoyo, de ayuda para conocer a Dios, a la persona, a la realidad de este mundo. Pero hay que ofrecer a la familia aquellos medios con los cuales pueda cumplir adecuadamente su finalidad como institución social y cristiana: ambiente adecuado para el desarrollo de las personas, estabilidad social y económica, medios educativos, ofrecimiento y apoyo pastoral, alimento para su fe.

En la casa del futuro no pueden entrar quienes desconfíen de la capacidad del hombre para trabajar en pro de unos altos valores de justicia, de magnanimidad, de solidaridad, de trascendencia espiritual y religiosa.

Cuando todas las luces se han apagado, es la lámpara de la familia la que sigue alumbrando. La llama no se extingue, porque su aceite y su fuerza es el más noble amor que Dios ha puesto en el corazón de los hombres.

Comunidad de vida y de amor. Así es la familia. La vida y el amor se unen formando una sola cosa. El que no ama está muerto. En esto conocemos que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a nuestros hermanos (*1Jn 3, 14*). Y no hay amor más grande que dar la vida por los demás.

Se anuncia que el mismo hijo de Dios va a venir a la tierra. ¿Qué le vamos a regalar al Verbo de Dios cuando venga? Los ángeles: lo mejor de nuestras canciones: ¡gloria a Dios en el cielo! Los pastores guardaron: la lana más banca de sus ovejas. Los magos, el incienso, la mirra y el mejor oro de ofir. Y nosotros, ¿qué le vamos a regalar al Verbo de Dios? Fuimos buscando por el mundo entero y le dimos lo mejor que habíamos encontrado y teníamos: ¡Una Madre Virgen! Una bendita mujer que será Madre de Dios y santa cuidadoras de las Huertas de los hombres.

En el día del nacimiento del Hijo, felicitamos a la Madre. La Madre Virgen que concibió en su seno a quien ya tenía en el amor de su corazón. La Purísima Señora que nada pide y todo lo entrega a su Señor. La Mujer llena de gracia que en su humildad hizo posible el abajamiento de Dios para elevar al hombre. ¡Bendita Señora, que desde la humildad tan grande y alto milagro nos ha conseguido! Parabienes tengáis, Señora, en el día del nacimiento de vuestro Hijo. Parabienes tengáis, pues del amor redentor de vuestro Hijo, muchos otros hijos hemos nacido a vuestro amor.. También podríamos alabar a María con los versos de Benítez Carrasco:

*“Si pañales no tenía, de buena seda bordados, las manos tuvo de Virgen, de una Virgen que era Madre. Bendita sea tal Señora que tan buenos lienzos hace”.*

De nuevo, Lope de Vega (*La Niña a quien dijo el Ángel*):

*La Niña a quien dijo el Ángel que estaba de gracia llena, cuando de ser de Dios madre le trujo tan altas nuevas, / ya le mira en un pesebre, llorando lágrimas tiernas, que obligándose a ser hombre, también se obliga a sus penas. / ¿Qué tenéis, dulce Jesús?, le dice la Niña bella; ¿tan presto sentís mis ojos el dolor de mi pobreza? / Yo*



*no tengo otros palacios en que recibiros pueda, sino mis brazos y pechos, que os regalan y sustentan. / No puedo más, amor mío, porque si yo más pudiera, vos sabéis que vuestros cielos envidiaran mi riqueza./ El niño recién nacido no mueve la pura lengua, aunque es la sabiduría de su eterno Padre inmensa./ Mas revelándole al alma de la Virgen la respuesta, cubrió de sueño en sus brazos blandamente sus estrellas./ Ella entonces desatando la voz regalada y tierna, así tuvo a su armonía la de los cielos suspensa. / Pues andáis en las palmas, Ángeles santos, que se duerme mi niño, tened los ramos. / Palmas de Belén que mueven airados los furiosos vientos que suenan tanto. / No le hagáis ruido, corred más paso, que se duerme mi niño, tened los ramos. / El niño divino, que está cansado de llorar en la tierra por su descanso,/ sosegar quiere un poco del tierno llanto, que se duerme mi niño, tened los ramos. / Rigurosos yelos le están cercando, ya veis que no tengo con qué guardarlo. / Ángeles divinos que vais volando, que se duerme mi niño, tened los ramos.*

### III. LA CULTURA DEL PUEBLO

La Asociación Belenista de Lorca, con excelente criterio y oportunidad, ha querido que uno de los principales actos programados para este año sea el del Pregón de Navidad, para vivir una de las mejores tradiciones de Lorca: la Navidad, y el Belén, que es la representación plástica del nacimiento del hijo de Dios.

"Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar en alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de

niño, como fue reclinado en el pesebre, y como fue colocado sobre el heno entre el buey y el asno". Así lo quería el bienaventurado Francisco. Y la representación viviente del primer nacimiento se hizo en Greccio por los frailes franciscanos..

Los hijos de San Francisco se ocuparon de llevar, a todos los lugares por donde ellos pasaran, el misterio de la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo en expresiones fácilmente comprensible para el pueblo cristiano. Entre esas representaciones, la del nacimiento de Cristo.

Cristo está en el centro. Por Él y para Él fue hecha la creación entera. De Él vendrá la salvación. La forma de vida franciscana es bien sencilla: seguir las huellas que el hijo de Dios dejó a su paso por la tierra. Un seguimiento activo, operativo, siempre contemplando el bendito rostro de Dios revelado en Jesucristo.

“El belén representa el amor de Cristo, su humildad, su pobreza. Es lo que hizo san Francisco en Greccio: representó en vivo la escena de la Natividad, para poderla contemplar y adorar, pero sobre todo para saber poner mejor en práctica el mensaje del Hijo de Dios, que por amor a nosotros se despojó de todo y se hizo niño pequeño.

La bendición de los "Bambinelli" —como se dice en Roma— nos recuerda que el belén es una escuela de vida, donde podemos aprender el secreto de la verdadera alegría, que no consiste en tener muchas cosas, sino en sentirse amados por el Señor, en hacerse don para los demás y en quererse unos a otros. Contemplemos el belén: la Virgen y san José no parecen una familia muy afortunada; han tenido su primer hijo en medio de grandes dificultades; sin embargo, están llenos de profunda alegría, porque se aman, se ayudan y sobre todo están seguros de que en su historia está la obra

Dios, que se ha hecho presente en el niño Jesús. ¿Y los pastores? ¿Qué motivo tienen para alegrarse? Ciertamente el recién nacido no cambiará su condición de pobreza y de marginación. Pero la fe les ayuda a reconocer en el "niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre", el "signo" del cumplimiento de las promesas de Dios para todos los hombres "a quienes él ama" (Lc 2, 12.14), ¡también para ellos!

En eso, queridos amigos, consiste la verdadera alegría: es sentir que un gran misterio, el misterio del amor de Dios, visita y colma nuestra existencia personal y comunitaria. Para alegrarnos, no sólo necesitamos cosas, sino también amor y verdad: necesitamos al Dios cercano que calienta nuestro corazón y responde a nuestros anhelos más profundos. Este Dios se ha manifestado en Jesús, nacido de la Virgen María. Por eso el Niño, que ponemos en el portal o en la cueva, es el centro de todo, es el corazón del mundo. Oremos para que toda persona, como la Virgen María, acoja como centro de su vida al Dios que se ha hecho Niño, fuente de la verdadera alegría." Así nos lo decía el tan recordado Papa Benedicto XVI. (*Angelus 13-12-09*).

Con poético encanto, así va describiendo Lope de Vega el entorno del primer nacimiento de Cristo:

*Repastaban sus ganados a las espaldas de un monte de la torre de Belén los soñolientos pastores, alrededor de los troncos de unos encendidos robles, que, restallando a los aires, delante daban claridad al bosque. / En los nudosos rediles las ovejuelas se encogen, la escarcha en la hierba helada beben pensando que comen. / No lejos los lobos fieros, con los aullidos feroces, desafían los mastines, que adonde suenan, responden. / Cuando las*

*oscuras nubes, de sol coronado, rompe un Capitán celestial de sus ejércitos nobles, atónitos se derriban de sí mismos los pastores, y por la lumbre las manos sobre los ojos se ponen / Los perros alzan las frentes, y las ovejuelas corren unas por otras turbadas con balidos desconformes. / Cuando el nuncio soberano las plumas de oro escoge, y enamorando los aires, les dice tales razones: / «Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres, Dios ha nacido en Belén en esta dichosa noche. / »Nació de una pura Virgen; buscadle, pues sabéis donde, que en sus brazos le hallaréis envuelto en mantillas pobres». / Dijo, y las celestes aves en un aplauso conformes acompañando su vuelo dieron al aire colores / Los pastores, convocando con dulces y alegres voces toda la sierra, derriban palmas y laureles nobles. / Ramos en las manos llevan, y coronados de flores, por la nieve forman sendas cantando alegres canciones. / Llegan al portal dichoso y aunque juntos le coronen racimos de serafines, quieren que laurel le adorne. / La pura y hermosa Virgen hallan diciéndole amores al niño recién nacido, que Hombre y Dios tiene por nombre. / El santo viejo los lleva adonde los pies le adoren, que por las cortas mantillas los mostraba el Niño entonces. / Todos lloran de placer, pero ¿qué mucho que lloren lágrimas de gloria y pena, si llora el Sol por dos soles? / El santo Niño los mira, y para que se enamoren, se ríe en medio del llanto, y ellos le ofrecen sus dones. / Alma, ofrecedle los vuestros, y porque el Niño los tome, sabed que se envuelve bien en telas de corazones.*

San Francisco quiso vivir la Navidad de una manera sensible, lo más cercana a una representación en la que todos llegaran a comprender la

maravilla de la encarnación del hijo de Dios. En Greccio hizo lo que llamaríamos un "belén viviente". Desde aquel día, muchas han sido las expresiones artísticas con las que la vivencia cristiana ha querido recordar esa imagen bendita del niño Dios. .

Elemento imprescindible en el contenido de la religiosidad popular es el del culto, aprecio y relación con la imagen. Para el pueblo, es algo más que una simple representación convencional de lo sagrado, para convertirse en una particular forma de presencia de Cristo y de la Virgen

Igual que la palabra es para el oído, la imagen lo es para la vista. Cristo es la palabra de Dios. La humanidad de Cristo es imagen que habla y dice los misterios de Dios. De la imagen visible trasciende el hombre al amor de lo que no ve. Pero lo que ama no es la copia, sino el original representado. Y el hombre que contempla la imagen debe transformarse en imagen de Cristo. Nada de lo humano puede ser ajeno para el hombre. Pero entre todo lo humano, ninguna más sublime humanidad que la de nuestro Señor Jesucristo.

La imagen conduce a la oración. Y con la imagen llega el mensaje y contenido de la fe; con el retablo, el evangelio. Pero el pueblo sabe muy bien distinguir el camino de lo que es el santuario, el signo del credo de la fe, la representación, del misterio representado. No puede dudarse del gran valor catequético de la imagen. Es como un libro que facilita el que muchos puedan leer unos textos a los que no van a tener acceso de otra manera.

La imagen, el icono, la figura, es el soporte material, artístico, sensible, de una realidad invisible. Un reflejo del misterio de la Encarnación del Verbo en el que la visibilidad de lo humano conduce al reconocimiento de Dios.

De lo sensible a lo que no se ve, de lo material a una contemplación espiritual. Es como un puente que enlaza al hombre con el misterio.

Ejemplo de ternura y sencillez navideña es el poema, lleno de encanto popular, que compuso Gloria Fuertes: *El camello cojito*.

*El camello se pinchó con un cardo del camino e intranquilo el mecánico Melchor le dio vino. / Baltasar fue a repostar más allá del quinto pino... e intranquilo el gran Melchor consultaba su "Longinos". / ¡No llegamos, no llegamos, y el Santo Parto ha venido! / son las doce y tres minutos y tres reyes se han perdido. / El camello cojea más medio muerto que viva espeluchando su felpa entre los troncos de olivos. / Acercándose a Gaspar, Melchor le dijo al oído: Vaya birria de camello que en Oriente te han vendido. / A la entrada de Belén el camello le dio hipo. ¡Ay qué tristeza tan grande en su belfo y en su tipo! / Se iba cayendo la mirra a lo largo del camino, / Baltasar lleva los cofres, Melchor empujaba al bicho. / Y a las tantas ya del alba ya cantaban los pajarillos-los tres reyes se quedaron boquiabiertos e indecisos, oyendo hablar como a un Hombre a un niño recién nacido. / -No quiero oro ni incienso ni esos tesoros tan fríos, quiero al camello, le quiero. Le quiero, -repitió el Niño. / A pie vuelven los tres reyes cabizbajos y afligidos. Mientras el camello echado le hace cosquillas al niño.*

#### IV. VIVIR Y CELEBRAR LA NAVIDAD

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló (Is 9,1). Ha nacido el Mesías, el Señor. El gozo y la alegría que sentimos y cantamos no tiene otro motivo sino el nacimiento de Jesucristo. Si de luces se llenan las calles, si fiesta se hace en

las casas, si desborda la alegría, no es otra la razón que nos mueve sino el recuerdo del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. No tenemos otro motivo. Y bien que nos basta el que tenemos. Paz y felicidad, sí, a los hombres, porque ha llegado Jesucristo.

Cuando llegan los días de Navidad parece como si todos, de la noche a la mañana, nos transformamos en unas personas distintas, amables, comprensivas, el corazón sensible a la bondad, acercamiento con quienes se estaba distanciado, rebrote de las señales de una fe sino perdida si un tanto olvidada, disposición para compartir... Al terminar la Navidad volvemos a nuestras antiguas y malas costumbres de intransigencias, enemistades, olvidos e indiferencia por todo aquello que hace referencia a lo religioso.

No es que en Navidad las gentes se vuelvan hipócritas o simplemente que se pongan unos vestidos adecuados para la ocasión. Se trata, más bien, de vivir aquello que cada uno tiene de mejor y que, por desconocidas razones, se guarda en el cajón de la indiferencia durante todo el año y se lo expone en los días navideños.

Abierto por Navidad y para que no se cierre nunca. Ser cristiano no es cuestión de unos días sino vivir conforme a lo que Cristo, el Señor nacido en Belén, nos ha enseñado como forma de vivir. El día de Navidad es una jornada para vivirla todos los días del año: hacer ver a las gentes la presencia del Verbo de Dios entre los hombres.

San Francisco de Asís quería que el día de Nochebuena se esparciera trigo entre los campos nevados, para que las aves del cielo pudieran tener alguna comida en ese día de invierno. Incluso requería a los frailes para que frotaran las paredes del convento con pedazos de carne, para enseñarles que

todas las criaturas debían hacer fiesta porque muy grande era la alegría que Dios nos mandaba.

Abierto por Navidad y abierto para todos. Muchos, bien quisieran celebrar estos días con alegría y con abundancia. Puede ser que falten las dos cosas. Para algunos será la falta de fe, para otros la carencia de lo más imprescindible para poder ir viviendo. Las puertas se cierran no solamente para esa familia de Nazaret que viene pidiendo posada, sino para el indigente que no encuentra sitio para celebrar, con un poco de bienestar y mucho de dignidad, lo que requiere su condición de persona y de llamado por Cristo a una mesa en la que no puede haber exclusión alguna.

Por eso, en Navidad, no fingimos, sino que nos acercamos a lo que es nuestra verdadera, nuestra más propia y auténtica imagen. La farsa son esos innumerables días en los que olvidamos que el hombre solamente puede ser cabal y sincero cuando es justo y misericordioso, cuando ama a su hermano y le sirve, cuando trabaja por la paz y ayuda al desvalido, cuando perdona y reparte el pan de su mesa con el que menos tiene. Y es que el corazón del hombre está lleno de bien, porque en el hondón de su existencia está viva la mano y huella de Dios.

Celebrar la fiesta de Navidad, no sólo es recordar con gozo el día en que el Hijo de Dios se apareció ante la humanidad, sino adentrarse en la profundidad del misterio para vivirlo en la admiración y en la gratitud. Navidad es aurora de un tiempo nuevo. El tiempo y la historia que se inaugura con el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. El Eterno se hace presente en el tiempo. El invisible aparece ante los ojos de los hombres. El inconmensurable nace del seno de la bienaventurada Virgen María.



¡Devuélveme la alegría de tu salvación! Aunque son palabras del salmo penitencial por excelencia, nos gusta repetirlas en estos días con un acento marcado por el deseo y la esperanza de un gozo colmado. Se pide el retorno de una alegría que teníamos y que nos ha sido arrebatada por la injusticia, la desesperanza, la violencia, el deseo de venganza, el corazón endurecido por la indiferencia ante el dolor ajeno, los apocalípticos profetas de calamidades sin cuento... En definitiva, por el olvido de Dios.

No se trata de salir al rescate de una alegría secuestrada por todas esas actitudes y tan deplorables comportamientos, pues no hay precio que ofrecer para conseguir la liberación de lo que se perdiera, sino súplica confiada y humilde para que llegue aquello que se nos ha prometido. Devuélveme tu alegría, ninguna otra puede colmar el corazón del hombre. Si se perdiera por el pecado, en todas sus formas y maldades, ahora tendrá que llegar por los caminos de la misericordia. De la bondad de Dios, de su comprensión para con los hijos rebeldes. Desde su amor inconmensurable que se manifiesta, de la forma más sublime, generosa, admirable y ejemplar en el habernos dado a su hijo Jesucristo como alegría para el mundo.

Una felicidad sin reservas ni temores. La paz está bajo amenaza. El buen deseo se oscurece con el miedo y la esperanza de un día nuevo ante la confrontación entre los pueblos. Todo se llenará de luces, árboles y belenes, pero “todo será falso porque el mundo continuará haciendo guerras. El mundo no ha comprendido el camino de la paz”.

Paz a los hombres, a todos los hombres y mujeres del mundo, sin distinción ni reserva alguna. Porque a todos les ha llegado la salvación de Dios. Unos la conocen y otros no. Hubo quien lo rechazara. Otros utilizaron el nombre

de Dios para matar a sus hermanos. Deshonra más grande no podían hacer al bendito nombre del Creador.

El Papa Francisco, al abrir la Puerta Santa de la Misericordia, dijo que significaba descubrir la profundidad de la misericordia del Padre, que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno y, al mismo tiempo, que al cruzar esa puerta se refuerza el compromiso de hacer nuestra la misericordia del Buen Samaritano, que no es otro que Jesucristo, la misericordia hecha carne.

Feliz Navidad. Sincero deseo de paz y de alegría, de celebración del gran recuerdo, de pasar de nuevo por el corazón el misterio de la Encarnación del hijo de Dios. Una memoria que se hace actualidad y vigencia, que no envejece con los años sino que cada día provoca mayores deseos de que llegue a todos los hombres y mujeres de esta humanidad, tantas veces dolida y triste, aquel cántico que señala los caminos de la esperanza.

¡El amor todas las puertas abre....!

*Para ti no hay posada, pues nada dejaste en prenda, que la pobreza es muy mala, y negra como las penas. / Y van y vienen de pobres la Virgen y San José, y ha de nacer su hijo, que será pobre también. / ¡Bendita tanta pobreza que nos hace tanto bien! / Pues, para que Dios hable, el pesebre es buena voz, pues en un Dios tan pobre se conoce al grande Dios. (Benítez Carrasco)*

¿Qué razones tenemos para tanta alegría? El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres. Nos ha dado a Cristo. No busques, pues, al que ya te ha encontrado

Vuelve la Navidad. Más que recuerdo, la Navidad tiene sentido de actualidad. Dios vino a nuestro lado, y está presente en su palabra y en los sacramentos, y vivimos en la esperanza de su retorno glorioso al final de los tiempos. Es el mismo Cristo, aunque distintos sean los modos de vivir y celebrar el encuentro con su presencia.

*“Mirad las estrellas fulgentes brillar, / sus luces anuncian que Dios ahí está, / la noche en silencio, la noche en su paz, / murmura esperanzas cumpliéndose ya. / Los ángeles santos, que vienen y van, /preparan caminos por donde vendrá /el Hijo del Padre, el Verbo eternal, /al mundo del hombre en carne mortal. / Abrid vuestras puertas, ciudades de paz, que el Rey de la gloria ya pronto vendrá; / abrid corazones, hermanos, cantad que vuestra esperanza cumplida será. / Los justos sabían que el hambre de Dios / vendría a colmarla el Dios del Amor, /su Vida es su vida, su Amor es su amor / serían un día su gracia y su don. / Ven pronto, Mesías, ven pronto, Señor, / los hombres hermanos esperan tu voz, / tu luz, tu mirada, tu vida, tu amor. / Ven pronto, Mesías, sé Dios Salvador” (Liturgia de las Horas).*

Son más que conocidos los versos de Góngora:

*"Caído se la ha un clavel hoy a la Aurora del seno. (Qué glorioso que está el heno porque ha caído sobre él".*

Cristóbal de Castillejo escribiría: *"Pues hacemos alegría cuando nace uno de nos, (cuánto más naciendo Dios!"*

En la sencillez literaria de estos versos se encierra lo profundo de la verdad teológica del misterio de la encarnación del Hijo de Dios y de la razón última de la fiesta cristiana de la Navidad.

Cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, la creación entera se llenó de una luz nueva. Dios puso su casa y familia entre nosotros.

Cantemos, pues con la liturgia:

*“Preparemos los caminos / ya se acerca el Salvador / y salgamos, peregrinos, / al encuentro del Señor. / Ven, Señor, a libertarnos, / ven tu pueblo a redimir; / purifica nuestras vidas /y no tardes en venir. / El rocío de los cielos / sobre el mundo va a caer, / el Mesías prometido, / hecho niño, va a nacer. / Te esperamos anhelantes / y sabemos que vendrás; / deseamos ver tu rostro / y que vengas a reinar. / Consolaos y alegraos, / desterrados de Sión, / que ya viene, ya está cerca, / él es nuestra salvación” (Liturgia de las Horas).*

Volvamos al principio, pues la noche, la Noche Buena se acerca. Y San José tiembla de frío. La Virgen María, no, porque de su vientre santísimo estaba naciendo Dios.